

ofrecían muchas doncellas á porfía para la custodia de los huesos sagrados de los mártires.

Más adelante debían fundar las mujeres con sus riquezas hospitales, y merecer la amistad y los elogios de los santos, como recibieron los de Jerónimo Marcela y Asela, la madre de éstas, Albinia, y Principia, hija de la primera. Pauta su amiga, Paulina, Eustoquia, Lea, Fabiola, la cual vendió todos sus bienes para fundar el primer hospital que opuso Roma á los monumentos de matanza y de prostitución, Melania, que mantenía á cinco mil confesores en Palestina; y á todas las vea y admiraba Jerónimo, no sólo pacientes, sino militantes. Muy pronto será convertido Agustín por su madre, educado por la suya Juan Crisóstomo, y salvado por la suya Basilio, del mismo modo que posteriormente fué santificado el rey Luis: y sentadas otras en el trono convertirán naciones enteras.

Catacumbas.—Semejante al loto de las fábulas indias flotando sobre las aguas del diluvio y llevando los gérmenes del porvenir dentro de su seno, aparecía por encima de la inmensa corrupción de Roma una iglesia que predicaba al Dios uno, bueno, muerto en la cruz, y la virtud de la resignación y del perdón. En aquella Roma incestuosa y parricida, almas, que no era digno de poseer el mundo, vivían en otra vida, huyendo de la persecución en el fondo de las cavernas hasta la hora en que eran llamadas á fecundar con su sangre el árbol de la regeneración. En el Lacio, en las cercanías de las ciudades de Ostia, Veletri, Tívoli, Preneste y Palestrina, á lo largo de los sinuosos valles que desembocan en la llanura del Lacio, y al lado de las cuevas donde por las noches encerraban los señores á centenares de esclavos, abandonados allí á la promiscuidad y á la blasfemia, se encontraban otros antros donde la humanidad se regeneraba en medio de sollozos; antros hendidos en las mismas rocas que suministraban materiales para voluptuosas moradas. En las catacumbas era donde los cristianos enterraban á sus muertos en nichos que tapiaban enseguida, encerrando allí los instrumentos de su suplicio, una ampolla con su sangre, insignias de su dignidad, y coronas para las vírgenes; también á veces se inscribía el nombre del difunto. Llamaban á aquellos asilos cementerios, es decir, dormitorios; expresión reveladora de una conciencia pura, consolada por la certidumbre de haber de despertar en otra vida.

En las vísperas de las solemnidades acudían alternativamente los piadosos sacerdotes, para cantar las alabanzas del Señor, á aquellos subterráneos lugares durante toda la noche. Servía de norte aquella melodía sagrada á los fieles, que ocultándose de la ciudad y de la *ergástula* de inhumanos señores, acudían en secreto á buscar á los ancianos mutilados en el martirio, á obispos libertados milagrosamente de la hoguera, á filósofos tras-

formados en apóstoles, que habiendo encontrado al fin la solución de todas las dudas, se consagraban á llevar la verdad á las naciones rodeadas con la sombra de la muerte, y á testificarla con su sangre.

Presidían la asamblea el obispo y el más anciano de los sacerdotes; mientras roía el egoísmo á la sociedad antigua mortalmente, sobraba lozanía en la nueva, donde se derivaba el amor del inagotable manantial de la fe. Para sus miembros la vida era un combate; la muerte, un premio de que debían hacerse merecedores. En los lugares dedicados al Señor desaparecían las inhumanas distinciones del siglo. Asentábase el rico junto al pobre á quien nutría con sus beneficios. Vírgenes de la condición más humilde, cubierta la cabeza con velos de blanco lino, llevando al cuello la imagen del cordero que borra los pecados del mundo, cantaban y oraban con las matronas y las viudas de los senadores y de los procónsules, que después de haber entregado todas sus riquezas á la asamblea de los fieles, distribuían á falta de dinero, los socorros de la caridad. Todo el ornamento de aquel sitio consistía en el sepulcro de un mártir, en algunas flores, en algunos vasos de madera, en un corto número de antorchas ó de lámparas para leer el Evangelio. Allí no se distinguían el obispo, el diácono, el sacerdote, es decir, el presidente, el anciano, el criado, sino por una virtud más eminente, por su mayor caridad y ciencia, á fin de poder consolar y sufrir mejor, restablecer la paz, compadecer y divulgar la palabra.

Unidos en la misma moral, en la misma religión, en la misma esperanza, se reducía su conjuración á orar á Dios en comunidad y á leer las Sagradas Escrituras. Todo el que podía, llevaba cada mes un poco de dinero para alimentar y dar sepultura á los pobres, para prestar socorros á los huérfanos, á los naufragos, á los desterrados, á los condenados á la última pena. Como hermanos se hallaban dispuestos á morir unos por otros: todo era común, á excepción de las mujeres: llamábanse obras de caridad (*agape*) sus comidas; sentados á la mesa de la sinaxis hacían circular los cálices de la sangre divina, luego consumaban la comida á gloria del que la da, amenizándola con el júbilo del perdón y del sacrificio en el seno de una fraternidad afectuosa (24).

(24) La parte histórica de la ciencia teológica ha sido estudiada sobremedida en Alemania por católicos y protestantes. La *Kirchengeschichte* de CARLOS HASEL (Jena, 1834), protestante, sirvió de modelo al católico Alzog, y ha sido ampliada en las ediciones sucesivas. Véase F. X. KRAUS, *Lehrbuch der Kirchengeschichte* (Tréveris, 1881). *Real Encyclopädie der christlichen Alterthümer*, donde trata principalmente de las catacumbas y descubrimientos del arqueólogo De Rossi.

CAPITULO VIII

GALBA, OTÓN, VITELIO

Si el pueblo y el Senado se habían alegrado de la muerte de Nerón, debieron quedar consternados al pensar en el modo con que acababa de ser elegido Galba. Podía, pues, designarse emperador fuera de Roma; este peligroso secreto acababa de ser revelado (1); y residía de consiguiente en el ejército el poder supremo, y el despotismo, aristocrático hasta entonces por la elección del Senado, se hacía democrático por la elección de los soldados.

Servio Sulpicio Calba había nacido en Terracina de una familia ilustre; rico y ambicioso, le habían anunciado el imperio una porción de presagios, y durante su pretura supo grangearse el cariño del pueblo, proporcionándole un espectáculo nuevo el de elefantes bailando en la maroma. Nombrado para el mando de las tropas de Germania, restableció allí la disciplina. Fué amado por Claudio; luego se oscureció en tiempo de Nerón, lo mejor que pudo, para no excitar sospechas. Como aguardaba á cada instante ser proscrito, nunca salía sin proveerse antes de una gruesa suma de dinero, para el caso de que tuviera que apelar de improviso á la fuga. Entre tanto le confió Nerón el gobierno de la España Tarraconense, donde después de haber hecho alarde en un principio de rigor extremo, suavizóse en breve, ora por natural indolencia, ora por miedo.

Se hizo amar en esta provincia poniendo coto á las concusiones, y ella le prestó su apoyo cuando se rebeló contra Nerón á fin de dar al pueblo, según su dicho, el primero de los bienes, la libertad que le habla arrebatado un monstruo. Pero cuando Vindex se quitó la vida y cuando declaró Virginio que no quería el imperio ni sufriría que otro le alcanza-

se sin beneplácito del Senado, viendo vacilante la fidelidad de sus tropas, se retiró á Clunia (de España) con intención de darse muerte.

A este tiempo sabe que Nerón ya no existe; y súbito reviven sus esperanzas, toma el título de emperador (9 de junio de 68), y luego se encamina á Roma con la muchedumbre de los que se inclinan ante el sol naciente. Pero comienza bajo tristes auspicios su reinado, castigando á las ciudades y á los individuos que habían rehusado sostenerle en su rebeldía. Entre los rivales, que podían infundirle temores, le prestó obediencia Vespasiano, ocupado á la sazón en la guerra de Judea: Virgilio Rufo rehusó el imperio que le habían ofrecido; y sólo Ninfidio Sabino, comandante de los pretorianos á quienes había ganado con sus liberalidades, recibió los homenajes del Senado, al cual dirigió graves reconvenciones por haber enviado á Galba despachos sin haberlos autorizado con su sello.

Aunque carecía del título de emperador, no por eso dejaba de ejercer la autoridad soberana, y hacía columbrar que si había caído el tirano, quedaba en pie la tiranía. Mientras que senadores y patricios se agolpaban á porfía á su puerta felicitándole por haber depuesto á Tigelino y salvado la patria, se conciliaba el afecto del pueblo, entregándole los amigos de Nerón en espectáculo y para que les dieran muerte: no tardó en llevar el abuso del poder tan lejos que Maurisco, senador venerable, llegó á decir en la curia: *Mucho temo que este nos haga echar de menos el gobierno de Nerón*. Pero habiendo querido al poco tiempo Ninfidio sobornar á los soldados, para que le proclamaran emperador, se arrojaron sobre su persona y le arrancaron la vida.

Hízose tanta matanza entre sus cómplices y parciales, que pudo bastar á los romanos el anuncio de que el dulce Galba no se apartaría de los san-

(1) *Evolgato imperii arcana principem alibi quam Roma fieri*. Tácito, *Hist.*, 1, 4.

grientos caminos. Al llegar al puente Milvio se le presenta un cuerpo de marinos, que Nerón había organizado en legión, y solicita ser conservado. Galba se lo niega, se amotinan entonces, y manda que cargue sobre ellos la caballería. Siete mil mueren en la refriega y los demás son encarcelados. A esta ejecución siguieron otros muchos suplicios, y todos fueron decretados con fría indolencia. Como se le suplicase una vez que ahorrarse á un caballero el baldón del suplicio, mandó que se pintara y adornara de flores el cadalso.

No obstante, Galba gozaba reputación de dulzura, pero le dominaba la indolencia, y si este defecto era tolerable en el hombre privado, sus consecuencias tuvieron mucho de funesto cuando, ascendido al imperio, se dejó conducir á ciegas por Cornelio Laco, Marciano Icelo y Tito Vinio, á quienes llamaba el pueblo sus pedagogos, porque los conservaba continuamente á su lado. Vinio, manchado con los vicios más odiosos, había llevado su bajeza hasta robar una copa de oro de la mesa de Claudio, quien le castigó solo con hacerle beber al día siguiente en una copa de loza, miramiento que debió al recuerdo de la astucia y de la audacia que había acreditado á la muerte de Calígula. Cornelio Laco, jefe de los pretorianos sólo hallaba aliento y actividad en la opinión que tenía de sí mismo. El liberto Icelo, elevado por Nerón á la categoría de caballero, acumuló en siete meses de privanza más riquezas que los más codiciosos libertos de Nerón en catorce años. No había vergonzoso desafuero á que no se entregaran osadamente aquellos tres hombres. No teniendo en cuenta el mérito para los empleos ni el buen derecho para los juicios y favoreciendo á los que les proporcionaban más lucro, hicieron renacer las miserias y los horrores del tiempo de Nerón. Recaía sobre Galba el odio que infundían sus delitos, al mismo tiempo que su indolencia personal movía á desprecio, y su dominación se hacía insostenible al pueblo.

Con júbilo había visto éste condenar á muerte á los que se habían hecho instrumentos de las atrocidades de Nerón, entre otros Narciso y la envenenadora Locusta; y siempre que Galba se presentaba en público, clamaban unánimes voces por el suplicio de Tigelino. No hubiera retardado Galba el momento de arrojar aquella cabeza más á la muchedumbre, si Vinio, cuya avaricia codiciaba la inmensa suma que le había prometido el acusado, no hubiera persuadido al emperador de que había mucha crueldad en entregar á manos del verdugo un hombre que se moría de consunción. Con efecto, Galba habló en este sentido á los romanos, y á fin de cohonestar la estratagemas, hizo Tigelino sacrificios á los dioses por su pronta cura; pero aquella misma noche celebró una orgía en compañía de Vinio y al saberlo el pueblo, se irritó extraordinariamente contra Galba.

A la par que el nuevo emperador permitía que los suyos se entregaran á la corrupción más descarada, llevaba hasta el exceso su rigidez contra los

demás y su mezquina avaricia le ponía en ridículo y le hacía odioso á los ojos de la muchedumbre acostumbrada á locas prodigalidades. Un músico que le había divertido durante una cena entera, recibió de su mano una moneda, y aun así le advirtió Galba que se la daba de su propio bolsillo. Si veía que le servían más espléndidamente que de costumbre, mostraba grande enojo. Hasta quiso aplicar remedio á las excesivas liberalidades de su antecesor, y mandó que todos los que habían recibido donativos de su mano, entregaran las nueve decimas partes. A este fin creó un tribunal que introdujo el desorden en las propiedades, y produjo más descontento en las masas que riquezas al tesoro. Esta misma mezquindad le indujo á que negara á los pretorianos la distribución que los había prometido. *He escogido á los soldados, no les he comprado*, dijo; frase digna de un antiguo romano, si hubiera sabido sostenerla con las obras. Viéndose despreciado por el pueblo y aborrecido por los soldados, especialmente á causa del rigor de la disciplina, y habiendo sabido la rebeldía de algunas legiones en Germania, resolvió adoptar un sucesor en el imperio. Su elección fué excelente y dictada por la prudencia: recayó en Pisón Liciniano, mozo estimado por su modestia y por la severidad de sus costumbres. Exhortóle á sobrellevar su alta fortuna con no menos dignidad que su condición oscura, diciéndole que el mejor modo de aprender á reinar bien, era observar lo que se elogiaba y condenaba en otros príncipes, y convidándole también á hacer memoria de que la nación que debía gobernar no sabía soportar la libertad ni la servidumbre.

Aprobaron la elección del emperador los soldados y el Senado; pero ofendió vivamente á Salvo Otón, que habiendo sostenido ardorosamente á Galba, esperaba que por gratitud hubiera fijado los ojos en su persona. Viendo, pues, que nada podía aguardarse de un estado de cosas tranquilo, y que sólo los disturbios podían brindar á su ambición lisonjeras probabilidades, intentó una revolución. Sus deudos y las sugerencias de los libertos, las respuestas de los adivinos, el curso de los planetas, la autoridad decadente de Galba, la de Pisón todavía mal segura, le infundieron tanta audacia que no teniendo en su apoyo más que un puñado de infantería, acometió apoderarse del imperio, y salió airoso en su empresa.

Otón fué proclamado emperador solo por veintitres guardias pretorianas ganados á precio de oro. Asustado al principio de su corto número, estuvo á punto de apelar á la fuga; pero en breve se incorporaron otros á los primeros; no opusieron obstáculo alguno los indiferentes, y los que se habían opuesto al movimiento permanecieron inactivos. Acudió Pisón manifestando cuan vergonzoso ejemplo sería consentir que treinta desertores dieran un soberano al mundo; entonces el pueblo acudió en tropel al palacio con gritos de *¡muera Otón!* como acostumbraba á hacer en los teatros: mas no era por amor á Pisón, ni con la idea del

bien público; obedecía al hábito de adular á los príncipes con aclamaciones desordenadas, de acreditarles un favor vano, pronto á cambiar al cabo de una hora.

Muerte de Galba.—Otón se presenta en medio de aquel insensato tumulto extendiendo sus manos; se da golpes en el pecho, envía besos y se humilla de cien modos, á trueque de seguir reinando. Agrúpanse en torno suyo muchos curiosos ó parciales, y primeramente los pretorianos, y luego la legión de los marinos, que conserva mejoría del recibido ultraje, le prestan juramento de fidelidad. Galba sale de su palacio armado del todo: aparece sobre una silla porque la edad ha debilitado sus fuerzas, se halla trastornado, sin consejo, en medio de un pueblo ni sublevado ni tranquilo, pero cuyos sordos murmullos revelan inmenso miedo é irritación suma. Por último, se ve abandonado de todos y condenado á muerte (16 de enero del año 69). Sosegadamente presentó su pecho á los asesinos, diciéndoles que le hiriesen, si redundaba en bien de la república; tenía setenta y tres años, y había reinado tan sólo ocho meses. Era más bien un hombre exento de vicios que dotado de virtudes. Sin codiciar el dinero ajeno, fué económico de lo suyo y avaro de lo del Estado. Apacible y moderado vivió bajo el mando de cinco emperadores, y pareció digno del imperio antes de haberlo obtenido. Soberano y amigo demasiado indulgente, se puso á merced de sus ministros corrompidos que le hicieron parecer merecedor de su fin trágico; fin que desde entonces será fatalmente el de todos los emperadores romanos.

Otón.—Cual si no fueran los mismos que antes, pueblo, Senado, y caballeros, acudieron porfiadamente á felicitar al nuevo emperador, maldiciendo á Galba, besando las manos de Otón, y prodigándole títulos y aclamaciones; entusiasmo tanto más vivo cuanto que era menos sincero. Otón recibió con afabilidad aquellos homenajes, y procuró contener á los soldados, avarientos de sangre y de saqueo, pero le asistía poder para preceptuar un delito, no para estorbarlo; y hubo de deponer á muchos magistrados, nombrando otros á medida de su capricho.

Vinio fué asesinado: cupo la misma suerte á Laco, á Icelo, á Pisón, y con ellos á otros muchos, tanto inocentes como culpables, cual acontece en las sediciones. Aquel día de matanza terminó con fiestas y fuegos. Al siguiente, habiendo convocado el pretor al Senado, le hizo decretar el poder tribunicio para Otón, quien cruzó las ensangrentadas calles de Roma, y subió al Capitolio, donde fué saludado con el título de César Augusto. Perdonó á sus enemigos, ó más bien dilató una venganza que no le permitió cumplir la brevedad de su reinado.

Había costumbre entre los pretorianos de pagar una cuota á su capitán para eximirse de los servicios ordinarios, y el que á fuerza de rapiñas ó de oficios serviles, llegaba á pagarle, sobrecargando á sus camaradas, pasaba en la ociosidad el tiempo

de su empeño. Al espirar el término se encontraban aquellos soldados pobres, muelles y henchidos de insolencia, y afiliándose á diversas facciones, en las guerras civiles cifraban sus esperanzas. Otón abolió aquella inmoral cuota, ofreciendo indemnizar á los oficiales á sus expensas.

Entre tanto los ejércitos que daban el imperio podían también quitarlo. Aulo Vitelio, que se hallaba en la baja Germania, concibió, ya que no la esperanza positiva, el anhelo de ser soberano; y habiéndose asegurado de la asistencia de Alieno Cecina, que había sublevado en la alta Germania contra Galba sus tropas, se hizo proclamar emperador por los soldados (2 de junio de 69); se apoderó de la autoridad, y quiso conceder recompensas ó imponer castigos. También se declararon en su favor los gobernadores de las Galias, Bélgica y Lionense, así como las guarniciones de la Retia y de la Bretaña. Entonces envió á Italia, cada uno al frente de un ejército, á Fabio Valente por el monte Cenis, y á Cecina por el gran San Bernardo. El terror abrió al primero las ciudades de la Galia, y cuando la cruzaba, llegó allí la noticia de la elección de Otón y de la muerte de Galba, sin que por eso se calmara la sed de sangre y de saqueo que devoraba á sus soldados. Cecina pasó por el país de los helvetos, degenerados ya de su antigua bravura, y ganó la Italia, donde Milán, Novara, Ivrea, Verceli se habían declarado ya por Vitelio.

Roma, disputada entre dos hombres igualmente despreciables por sus desórdenes y por su inercia, cualquiera que fuese el vencedor, tenía por segura depender de un mal soberano: asaltaban de pronto su memoria las guerras civiles, la toma de la ciudad, la devastación de Italia, las águilas combatiendo contra las águilas en Farsalia, en Perusa, en Módena y en Filipos.

Al fin de hacerse grato á los ojos del pueblo se desvía Otón de los deleites y de su inerte indolencia; perdona á algunos individuos, ordena á Tigelino que muera; tiende á hacer renunciar á Vitelio proponiéndole las más brillantes promesas, y hasta llegando á ofrecerle que le asociaría al imperio. Vitelio le brinda con iguales proposiciones; luego se dirigen recíprocamente enormes y merecidas injurias, enviándose uno á otro asesinos.

Otón tenía en favor de su causa á la mayor parte de las provincias, á las cuales trataba con miramientos. En Roma acreditaba en fin asiduidad á los negocios y se conciliaba al pueblo con lisonjeras alocuciones, al Senado con dignidades, y con liberalidades á los pretorianos. Figurándose estos soldados cierta noche que se urde una trama contra Otón, empuñan las armas, corren por la ciudad como locos, se arrojan sobre el palacio, donde trataba al emperador con los principales ciudadanos y senadores, y con gran trabajo se apaciguan aun después de haberle visto vivo. Grande fué el terror, y aunque los amotinados volvieran á entrar en el orden, merced al dinero distribuido, no por alia

quedó la ciudad menos poseída de espanto y mucho más á tiempo en que adelantándose un emperador hacia Roma, toda parcialidad acreditada en favor del uno podía servir mañana de pretexto á la venganza del otro. Por eso, siendo favorables á Otón los senadores, no se atrevían á decretar nada contra Vitelio. Acrecían el espanto prodigios, apariciones de fantasmas, estatuas derribadas, y nacimientos monstruosos. Un buey había hablado en Etruria: el Tíber desbordado había llevado su inundación más lejos que nunca, destruído las cosechas y ocasionado la carestía. No había en Roma una sola clase que no temblara y se creyera en peligro. Hallábanse debilitados por los años ó por una larga paz los principales senadores: la nobleza indolente había olvidado la guerra; ya no sabían que era el servicio militar los caballeros, y todos se sentían más asustados cuanto más se esforzaban en disimular su susto. No obstante, había algunos que por loca ambición compraban excelentes armas, caballos de precio, haciendo también ostentación de festines y de deleites, cual si fueran instrumentos de guerra, y cuando todo hombre sensato temblaba por la paz y por la cosa pública, se manifestaban los espíritus atolondrados, llenos de desatentada osadía y sin temor por lo venidero.

Otón quiso salir de aquella situación incierta, y marchó en busca del peligro; adelantóse hacia la Provenza con la mayor parte de los magistrados y de los personajes consulares, á la cabeza de las cohortes pretorianas. Secundóle la fortuna en aquella parte de la Galia, que hubo de padecer enormes crueldades, siendo entrada á sangre y fuego. Puesta una madre al tormento para que declarara el paraje donde había escondido su tesoro, no habiendo escondido más que á su hijo, espiró en la tortura sin decir más que: *Aquí está enterrado*; y señalaba su vientre. Sometióse á Vitelio el país entre el Po y los Alpes, no por afecto ó por odio, sino por indiferencia al soberano á quien debían mostrarse obedientes.

Batalla de Bedriaco, 14 de abril.—Por largo tiempo se prolongó la lucha en aquellas comarcas, y fué encarnizada como lo son comunmente las guerras civiles en que toman parte auxiliares extranjeros. Por último, los dos ejércitos se dieron batalla en Bedriaco (2), y el de Otón fué derrotado. Viendo un soldado que había ido á llevar la noticia á Brescelo, donde Otón se hallaba, como lejos de creerle le tenían por fugitivo, se atravesó con su espada. Ante aquel rasgo de bravura, pronunció el emperador las palabras siguientes: *No se dirá nunca que gentes tan denodadas y afectas se exponen por mi causa á nuevos peligros*; y resolvió darse muerte. Vanamente quisieron sus soldados reanimar su va-

(2) Se ha discutido mucho sobre esta localidad, y algunos la fijan en Caneto; pero más verosíblemente otros en Alvatone del Cremones, en el ángulo de una vía romana, á un día de jornadas de Verona.

lor, diciéndole que nada había desesperado, mientras todos denotaban voluntad de sacrificar la vida en su obsequio; inútil fué que muchos se suicidaran delante de sus ojos en corroboración de su promesa; sin resultado alegraron otros que la grandeza del alma consistía en sobrellevar con firme aliento los desastres y no en eludirlos con la muerte; á todos suplicaba le permitieran sacrificar su vida para salvar la de tantos hombres: *No se trata*, decía, *de lidiar contra los galos ó contra Pirro, sino contra conciudadanos; y sólo á costa de mucha sangre fraternal puede adquirirse la victoria. Vitelio ha empuñado las armas, he debido defenderme; pero la posteridad sabrá que no he querido exponer más que una vez sola romanos contra romanos. Si otros han conservado más largo tiempo que yo el imperio, nadie le ha abandonado más generosamente. De nadie me quejo, pues quejarse de los hombres ó de los dioses á la hora de la muerte, denota que se ama la vida.*

Muerte de Otón.—El que se expresaba en tales términos había sido obsequioso con Nerón y cómplice de sus fealdades: se había encargado de guardarle Popea hasta que se hubiera desembarazado de Octavia; encontrábase abrumado de deudas á causa de sus prodigalidades, se quitaba el vello de todo el cuerpo y se afeitaba cotidianamente, se suavizaba el cutis frotándole con miga de pan remojada, llevaba continuamente consigo un espejo, delante del cual se componía marcialmente antes de marchar á los combates.

Luego que hubo persuadido á sus amigos á fin de que no comprometieran su salvación, oponiéndose á lo que había resuelto, se dispuso Otón á morir en determinada hora, y dijo: *Añadamos esta noche más á nuestra vida.* Entonces coloca dos puñales debajo de su almohada y se duerme. A la mañana siguiente pone término á su existencia (21 de abril).

Vitelio.—Llorando sus soldados á un emperador que moría á los treinta y siete años por salvarles, se amotinaron con una furia tanto más formidable cuanto que no había allí quien los apaciguara. Ofrecieron el imperio sin encontrar nadie que quisiera admitirlo, y mientras el Senado se declaraba en favor de Vitelio y decretaba gracias á las legiones de Germania, se aumentaba la licencia militar en los dos bandos. Vitelio, que había acudido á Italia, perdonó á los principales oficiales de su competidor, y castigó á los demás con la muerte. Desde Cremona se dirigió á Bedriaco, para recrear sus ojos ante el espectáculo del campo de batalla, todavía cubierto de cadáveres insepultos (25 de mayo), complaciéndose en contemplar sus heridas; y pronunciando estas palabras: *Siempre huele bien el cadáver de un enemigo, y todavía más el de un conciudadano*, hizo que le llevaran vino, bebió y distribuyó lo demás á los presentes.

Daba pruebas el nuevo emperador de lo que era, monstruo de crueldad y de glotonería. Durante su viaje le brindaban á porfía los más exquisitos pro-

ductos del país comarcano. Congregaba los principales ciudadanos en opíparos banquetes; y le imitaban lo mejor que podían, libres de toda sujeción los soldados; de tal suerte, que se hubiera creído que en su campamento se verificaba la celebración de las bacanales. Aunque no había reservado cerca de sí más que una parte del ejército, cruzaron la Italia más de sesenta mil soldados, sin contar los hombres de la comitiva en la época de la cosecha, y la talaron, saqueando, violando y vendiendo á sus moradores como en país enemigo.

Habiéndose acercado el emperador á Roma iba á entrar con la coraza y la espada, como un conquistador arrollando por delante al pueblo y al Senado, si sus amigos no le hubieran invitado á ahorrarse aquel nuevo ultraje, y á preferir la vestidura de la paz. En su arenga al pueblo y al Senado habló con pomposas frases de su actividad y de su templanza; y todos aplaudieron sus palabras cuando todos eran conocedores de su glotonería, de su pereza y de su vergonzoso libertinaje.

Uno de sus primeros decretos prohibió á los caballeros mostrarse en espectáculo en el teatro y en la arena: otro desterró á los astrólogos; y como se fijara un cartel anunciando que Vitelio moriría un día en que los astrólogos salieran de Roma, mandó dar muerte á todos los que pudieron ser habidos. Frecuentaba asiduamente el teatro y el circo, asistiendo con no menos exactitud á las sesiones del Senado. Cierta día en que le contradijo Hervidio Prisco, se expresó de este modo: *Nada tiene de particular que dos senadores profesen una opinión distinta.* Incapaz á pesar de todo, de toda ocupación seria, dejaba el cuidado de los negocios á sus válidos Valente y Cecina, que le habían dado el imperio, y á Asiático, su compañero de libertinaje. Acaso es fuerza imputar á sus sugerencias la sangre con que se manchó Vitelio y el asesinato de su propia madre. Habiendo encontrado una lista de las personas que habían pedido á Otón recompensas por haber tomado parte en el homicidio de Galba, condenó á todos á muerte, no tanto por castigo de lo pasado como por prenda de seguridad para lo venidero.

Gula de Vitelio.—Su principal ocupación se reducía á inquirir nuevos medios de aguzar el apetito. Haciendo cinco comidas cotidianas, todas costosamente servidas, se convidaba á sí propio á desayunarse á casa de un amigo, á comer á casa de otro, á merendar á casa del tercero, á cenar á casa del cuarto, todo en un mismo día; y había competencia acerca de quien le trataría más opíparamente. Pero su hermano Lucio superó á todos los demás, sirviéndole dos mil platos de pescados y siete mil de aves, lo más exquisito de todos los países del mundo. El mismo emperador inventó un plato llamado el escudo de Minerva por su amplitud prodigiosa, y que reunía los manjares más á propósito por su delicadeza para halagar el paladar ó el capricho. Había allí sesos de faisanes, hígados de escaros, lechecillas de lampreas, lenguas de

aves raras de mil colores, sacadas de la jaula á cierta hora, sorprendidas las hembras en sus nidos, los machos durante su sueño, atendido que la agitación hace de su hígado un manjar sabroso. Había además huevas de peces sacados de los lagos por el mismo método que se empleaba para pescar las perlas; otros peces enviados á Roma dentro de la misma agua en que se les había cogido; setas cuyo nacimiento se acechaba en el curso de húmedas noches; frutos embarcados con el tallo y la tierra donde brotaban, á fin de que al cogerlos César con sus manos, recibiera las primicias de su perfume y de su borrarilla. Por donde quiera que transitara era necesario tener manjares prevenidos; de otro modo se arrojaba sobre cuanto podía llevar á su boca, devorando hasta las ofrendas depositadas sobre los altares de los dioses, y en pocos meses se engulló 900.000.000 de sextercios. También dispuso mucho dinero en mandar construir cuadras, en dar carreras, espectáculos de fieras y de gladiadores, en hacer celebrar últimamente en honor de Nerón espléndidas exequias, con gran júbilo del populacho, y con profunda indignación de las gentes honradas.

Vespasiano proclamado emperador.—Las noticias de Oriente llegaron, no á turbar, sino á interrumpir sus inmundos solaces. Habiendo sabido la muerte de Nerón, mientras hacía la guerra á los judíos, Vespasiano envió á Tito, su hijo, á felicitar á Galba; pero informado en el camino del fin de aquel príncipe y de la lucha empeñada entre Otón y Vitelio, retrocedió camino para exhortar á su padre á que se enseñoreara del poder que se disputaban aquellos dos rivales. Creyéndose las legiones de Oriente con derecho para imponer un soberano al universo, á semejanza de las de Germania y de la Galia, fijaron naturalmente sus ojos en Vespasiano: sus sesenta años, la idea de que iba á jugar su porvenir y el de sus hijos en una tentativa, cuyo desenlace era el trono ó la horca, le hicieron titubear por algún tiempo: mas por último, permitió que le proclamaran emperador (69). No vacilaron en jurarle obediencia las provincias de Oriente hasta el Asia y la Acaya; y teniendo en su favor entonces legiones aguerridas, reyes fieles á su causa, y una gran pericia militar, se aprestó á libertar al imperio del innoble Vitelio.

Estableció en Berito un Senado para la discusión de los negocios, llamó nuevamente á los veteranos, ordenó nuevas levas, hizo fabricar armas, acuñar moneda; y dejando á Tito en Judea para proseguir las hostilidades, se encaminó á Egipto. Contra Vitelio despachó al comandante del ejército de Siria, Craso Muciano, que se consideraba igual á Vespasiano y aumentaba cotidianamente sus fuerzas. Levantando impuestos á su tránsito llegó á Europa, donde proclamaron las legiones á Vespasiano desde Iliria hasta España y la Bretaña.

Quería el nuevo emperador que las legiones de Iliria avanzaran hasta una legua de Aquilea, ocupando los Alpes Pansonios para penetrar en Italia

cuando tuvieran otras fuerzas en su apoyo; y entretanto debía cruzar la escuadra por el Mediterráneo con el fin de que reducida por el hambre la península se entregara sin efusión de sangre. Pero Antonio Primo persuadió al ejército de Iliria á bajar los Alpes sin hacer alto; y con Aquilea fueron sorprendidas las ciudades de Altino, de Este, de Padua, de Vicenza, así como la floreciente Verona, lo cual interceptó á Vitelio las comunicaciones con la Germania y con la Retia. Este ahuyentaba todo desvelo saboreando buenos platos, y como no creía tan inminente el peligro, se figuró que bastaría distribuir algunas tropas en las diferentes ciudades para tenerlas á raya. No obstante, cuando se vió amenazado de cerca, se preparó á la lucha y cifró toda su esperanza en las legiones de la Germania; pero le hizo traición Cecina, jefe de las tropas. La escuadra de Ravena proclamó á Vespasiano. Por último, se dió una batalla bajo los muros de Cremona (29 de octubre), y treinta mil vitelianos fueron muertos por compatriotas y amigos. Un hijo inmoló á su propio padre, á quien reconoció mientras le despojaba; y después de suplicarle que no le maldijera, le cavó su sepultura. Una vez tomado el campamento de los vitelianos fué asediada Cremona, y después de una tenaz resistencia alcanzaron salvar la vida sus moradores; pero aunque Antonio Primo deseaba ardientemente perdonar á una ciudad ceñida de habitaciones deliciosas, llena de multitud de gentes atraídas por una feria solemne y poseedora de tantas riquezas, no pudo refrenar la sed de botín avivada por un inveterado odio. Cremona fué saqueada por espacio de cuatro días y destruída casi totalmente. Irritado Primo de la conducta de los soldados, les prohibió retener á ningún cremonés preso, y para obedecerle les quitaron la vida.

Deseoso Valente de restablecer la propicia suerte bajo las banderas de Vitelio, concibió el proyecto (y hubiera sido su realización terrible) de pasar de la Etruria á la Galia, de sublevarla como también á Germania, y preparar á Vespasiano una resistencia vigorosa. Pero una tempestad le arrojó sobre Mónaco, donde sabedor de que las Galias habían prestado juramento á Vespasiano, de que España y Bretaña vacilaban en su fidelidad, licenció sus tropas y anduvo errante hasta las inmediaciones de Marsella, donde fué preso.

Entretanto Vitelio imaginaba remediar el peligro ocultándolo; error común á todos los tiempos. ¡Desventurado del que hubiera dicho cerca del emperador una sola palabra de las desastrosas noticias que circulaban entonces! Enviaba espías de descubierta al campamento de Vespasiano, y cuando regresaban les hacía dar muerte para que guardaran silencio; al mismo tiempo designaba los cónsules para diez años, confería el derecho de ciudadanía á extranjeros con amplias concesiones, y en los salones de Roma, en los vergeles de Aricia, olvidando lo pasado, lo presente y lo venidero, comía, bebía y se entregaba á la lujuria. Habiendo

aspirado en vano el centurión Julio Agreste á sacarle del letargo, le pidió permiso para ir á cerciorarse por sus propios ojos de la fuerza y de la actitud del enemigo. Lo obtuvo, y fué en busca de Primo, á quien declaró el objeto que allí le guiaba. Después de haber visto arruinada Cremona, prisioneras las legiones, y el campamento poderosamente defendido, volvió á dar cuenta de todo á Vitelio; y hallándole incrédulo se suicidó para dar testimonio de la veracidad de su relato. ¡Tan poco caso se hacía entonces de la vida!

Por último, el emperador envió á ocupar los desfiladeros del Apenino; luego, haciéndose cada vez más amenazador el peligro, juntó su ejército con una comitiva de senadores, de lo cual resultaba que aparecía más despreciable. Pidiendo consejos ora al uno, ora al otro, á cada noticia de la aproximación del enemigo se le veía caer en desaliento y beber hasta embriagarse. Cuando supo que se había pasado á su rival la escuadra de Misena, tornó á Roma donde para enternecer al pueblo, hizo uso de ruegos, de lágrimas, de promesas, prodigándolas tanto más por la imposibilidad de cumplirlas; y así reunió una turba de gentes vagas, á quien dió el nombre de legión; mas no bien cruzó Primo el Apenino con la velocidad del rayo, desertaron á bandadas, con especialidad al ver la ensangrentada cabeza de Valente, última esperanza de los vitelianos.

Después de haber contravenido á las órdenes expresadas de Vespasiano derramando torrentes de sangre, se pensó en poner coto á la matanza, con instar á Vitelio á que renunciara el imperio; y no descubriendo ningún resquicio favorable, Vitelio estaba inclinado á la renuncia, pero se opuso el pueblo. Entonces tenía Roma por gobernador á Sabino, hermano de Vespasiano, quien a pesar de los consejos de la ambición doméstica, de las exhortaciones de los magnates, y del deseo de terminar la guerra, permanecía fiel á Vitelio. Sólo cuando se divulgó la noticia de su abdicación se decidió á empuñar las armas; pero poseído el pueblo de un frenesí repentino le cercó en el Capitolio (19 de diciembre), donde le atacó á hierro y fuego: incendiáronse las vecinas casas, y penetrando los vitelianos á través de las llamas en el Capitolio, mientras ardían los pórticos, pasaron á cuchillo á cuantos les opusieron resistencia. Sabino fué asesinado por aquel pueblo furioso, que sacudiendo sin saber cómo á su patria, consagraba sumo fervor á defender una causa que no era la suya, y á un emperador á quien debía arrastrar al Tíber al día siguiente.

Al saber Primo el asesinato de Sabino y el incendio del Capitolio, se pone en marcha contra Roma. Aunque Vitelio se siente envalentonado por el celo de la muchedumbre, le envía con las vestales un embajador á fin de reclamar que consagre á la reflexión un solo día; pero no lo consigue, y son arrollados dentro de la ciudad sus parciales. En breve es tomada; pero la batalla continúa

por mucho tiempo en las calles, donde perecen cincuenta mil hombres. Hallando el populacho una salvaguardia en su vileza, aplaudía ó silbaba desde el interior de sus moradas á los combatientes como hacía en los espectáculos; si alguno de ellos se refugiaba dentro de una casa, se divertía el pueblo rechazándole de allí, gritando como si estuviese tocado de locura: ¡Viva y Muera!

Muerte de Vitelio.—Abandonado Vitelio, tentó emprender la fuga: después se escondió en una pocilga, donde no tardó en ser descubierto. Entonces, desgarrada su vestidura, con una soga al cuello y atados los brazos á la espalda, fué paseado por la ciudad en medio de los ahullidos de aquel populacho que le adoraba dos días antes. A todos los ultrajes con que le abrumaban, no respondía más que estas expresiones: *He sido á pesar de todo, emperador vuestro*. Pocos momentos después había dejado de existir (20 de diciembre de 69). Era el

octavo emperador de Roma, y el sexto que perecía de muerte violenta.

Su hermano Lucio Vitelio, que mandaba un ejército en Terracina, depuso las armas y fué muerto. Así acabó la guerra sin que por eso sobreviniera la paz. Perseguidos los soldados vencedores á los del opuesto bando, les quitaban la vida donde quiera que los encontraban, y bajo pretexto de buscarlos penetraban en las casas, presa á la sazón de sus rapiñas; el populacho les servía de guía y se mostraba no menos codicioso que ellos. Primo se servía del mando para robar más que los otros. Domiciano, hijo del nuevo emperador, había huído durante el popular tumulto, disfrazado de sacristán de Isis, y ya reconocido por César, se engolfaba en toda especie de fealdades. Por todas partes se cometían desórdenes y delitos, y reducida al último apuro la pobre Italia, apenas tenía aliento para proclamar al nuevo Augusto Vespasiano.